

La joven recibió con paciencia aquella ducha de buenos consejos y prudentes advertencias; después le besó la mano y se fué á su habitación para estar sola y reponerse de tantas emociones como había sufrido; pero la soledad no la animó, pues como final de todas las pruebas que el destino le reservase no veía brillar ningún rayo de esperanza.

## III

La reunión de la señora Frakine estaba en todo su apogeo; en el gran salón, tapizado de bronce mate y alumbrado por bujías, había una veintena de jóvenes y unas doce muchachas casaderas, entregándose á los placeres del baile, sin rendirles la fatiga; verdad es que á su edad suele ignorarse qué cosa es el cansancio. Un criado entró llevando una bandeja llena de vasos y tazas de te.

—¡Llévate eso, no queremos té!—dijo uno de los que bailaban—eso impide bailar; ya lo tomaremos, ahora aun está muy caliente.

—¡Pero ustedes tendrán sed!—dijo desde el comedor la señora Frakine ante un *samovar* gigantesco, en unión de dos ó tres mamás.

—¡Beberemos *kwas!*—repuso una joven.

—Y además usted nos dará de cenar ¿no es así?—exclamó desde lejos otra voz masculina.

—Sí, hijos míos, como de costumbre.

—¿Y habrá queso?

—¿Y arenques?

—Sí, y fiambre de vaca—concluyó triunfalmente la señora Frakine.

Al anuncio de tan delicioso festín, la gente joven empezó á dar saltos, y la buena señora explicó á las asombradas mamás aquel lujo extraordinario: aquella mañana había recibido de sus tierras un cuarto

de vaca que hizo asar en seguida para que sirviese de obsequio á su querida juventud.

—Y precisamente—dijo viendo entrar á Dournof—aquí está el hijo pródigo que viene á comer su vaca tradicional.

—¡Ah! ¿hay vaca?—dijo con aquel buen humor que apenas le abandonaba.—¡Qué buena suerte! ¿ha tenido usted alguna herencia?

—¡Mal sujeto!—repuso la señora Frakine—¡pues no va á reprocharme mi pobreza! ¿De dónde sale usted ahora?

—He llegado del gobierno de T...

—¿Cuándo?

—Esta mañana.

—¡Ah!—exclamó la señora Frakine dirigiendo sus miradas hacia la puerta. Antonia, que estaba al piano en el instante de entrar Dournof, acababa de ceder su puesto á otra mártir del deber social y se presentó en la puerta del comedor.

—¿Se volverá usted á marchar?—preguntó la anciana señora al joven que se había sentado en un viejo canapé.

—No...

Antonia se acercó á él y, sin timidez ni embarazo, fué á sentarse á su lado.

Las mamás tomando, el te, conversaban entre ellas, y el joven dijo al oído de la señora Frakine:

—¿Sabe usted que he sido rechazado?

—¡Sí!—repuso la anciana con asombro.

—Me han rechazado porque no he querido entrar en un ministerio.

—¡Sí!—exclamó por segunda vez la buena señora con tanto asombro que Dournof no pudo evitar la risa.

—¡Cómo se lo digo! pero esto no impide que nuestros sentimientos sigan siendo los mismos, ¿no es verdad, Antonia?

Su situación de pretendiente rechazado, le daba una nueva seguridad, ya no tenía miedo á descubrirse y sentía cierto placer confesándose enamorado de la joven.

—¡Y bien! ¡qué van ustedes á hacer, pobres hijos míos!—dijo la señora Frakine mirándole con compasiva bondad.

—¡Esperaremos!—dijo Dournof con alegría. Nadie les observaba; cogió la mano de Antonia, reteñiéndola tranquilamente entre las suyas, bajo la benévola y triste mirada de la anciana.—Nos amamos lo bastante para esperar.

—¿Mucho tiempo?

—¡Sólo Dios lo sabe!—replicó Dournof echando hacia atrás sus rizados cabellos.—Vamos á bailar—agregó poniéndose en pie.

Había soltado la mano de Antonia; pero al llegar á la puerta le rodeó el talle con el brazo y cruzó entre los que contemplaban bailar á los demás.

—¿Ya bailas?—le preguntó un compañero poco caritativo aludiendo á su luto reciente.

—*Vita nouva*, querido mío; era gusano y me convierto en mariposa; además, cada cual coge la felicidad allí donde la encuentra.

Después de esta contestación enigmática, se puso á bailar como si la vida no tuviese para él otro objeto que dar vueltas acompasadas en torno de un salón.

Cuando llegó la hora de marcharse, Juan Karzof, que había llegado muy tarde, después de concluirse la ópera italiana, salió con su hermana y un grupo de amigos que vivían á poca distancia de otros. Dournof les acompañaba y pronto se acercó á Antonia aprovechándose de la distracción de Juan que sostenía con un compañero una acalorada discusión sobre la música. La noche era bellísima, la casa de Karzof estaba muy cerca, iban á pie, y los prometidos pudieron hablar algunos instantes.

—Es preciso que me acostumbre á mi nueva situación—dijo Dournof;—casi me sucede lo mismo que á un coronel sin regimiento, que á un cura sin curato, soy un novio sin novia...

Antonia volvió hacia él la cabeza, bajo el capuchón que la cubría brillaron sus ojos lanzándole un reproche.

—A los ojos de los demás estoy sin novia. Puedo confesar en alta voz que la amo á usted, pero ¿puedo decir lo mismo de usted respecto á mí?

La joven vaciló un momento, después se repuso con firmeza.

—Puede usted decirlo porque es verdad.

Dournof la contempló sintiéndose orgulloso de ella,

—Veo—continuó la joven—que lo mejor es fiarnos á la amistad y al honor de los que nos rodean. Si aparentamos desconfianza puede llegar á mis padres alguna frase maligna. Si no les ocultamos nada estoy segura que todos harán lo posible por protegernos.

—Tiene usted razón—repuso Dournof,—Empece-mos en seguida,—¡Amigos!—exclamó en alta voz.

Los cinco jóvenes que iban al lado de Juan se detuvieron rodeándole.

—Tú el primero—dijo á Juan;—sabes que amo á tu hermana y que me la han negado, esta negativa te ha causado un pesar; hasta aquí hemos vivido como hermanos...

—Y así continuaremos hasta el fin de nuestra vida.

—Tu hermana no quiere someterse á la decisión de sus padres...

—Tiene razón—repuso Juan cogiendo el brazo de su hermana.

—Pues bien, á todos vosotros, amigos míos, que os sentiríais felices hallando quien os ayudase en semejante situación, declaro que Antonia y yo segui-

mos siendo prometidos, en espera del día en que un cambio de fortuna me permita volver á reclamarla. Os comunicamos esta noticia, porque nos parece más digno del honor y de la amistad proceder con vosotros con entera franqueza. ¿Nos protegeréis contra la calumnia evitando los peligros que puedan amenazarnos?

—Juramos—repusieron todos con contenida emoción—defender la juventud contra la oposición interesada de la vejez.

Se hallaban entonces en uno de los innumerables puentes que cortan los canales de San Petersburgo; la ciudad dormía, apenas de vez en cuando, se oían rodar alguno que otro coche, y aquellas voces juveniles repercutieron con fuerza.

—¡Hurra!—exclamaron con alegría continuando la marcha.

—Va usted á hacer que nos encierren por alborotadores nocturnos—dijo Juan con jovialidad,—pero lo soportamos con gusto.

—Muchas gracias—replicó Antonia con su voz dulce, dando la mano á cada uno de sus defensores.

A partir de aquel momento, si alguno de ellos se hubiese prendado de la gracia ó la belleza de la joven hubiese ahogado su pasión. Desde que pertenecía á Dournof, Antonia era sagrada para ellos. Además formaban á su alrededor una especie de batallón sagrado para defenderla.

\*\*

Mientras la juventud conspiraba contra ellos, los esposos Karzof esperaban acostados el regreso de sus hijos, proyectando por su parte planes maquiavélicos á la dulce claridad de la lámpara que alumbraba las imágenes de los santos.

—Amigo mío—decía la señora Karzof—he obser-

vado con detención á Antonia mientras hablaba con Dournof, y no está enamorada de él. Una joven que ama no recibe una negativa en la forma que ella lo ha hecho.

—Pero tal vez sea ese su modo de estar enamorada—objetó Karzof con más acierto de lo que en él podía suponerse. ¡Antonia no se parece á las demás!

—¡Déjate de tonterías! ¡Todas las jóvenes se parecen! ¿Te acuerdas de la pequeña Vera cuando no querían que casase con el hijo del cura de la iglesia de Kazau? ¡Lloró muchísimo, gritó, se negó á comer! Era tal el escándalo que armaba en su casa que su madre venía á dormir aquí la siesta, pues el demonio de su hija no la dejaba en paz!... Todo eso no impidió el que seis meses después se casara con un jefe de sección .. ¡Esto es lo que se llama una joven enamorada! ¡Pero Antonia... oh, no lo está!

—¡Tanto mejor, eso honra á su talento y á la educación que le has dado!

—Pues bien, ya lo ves, para evitar que nuestra hija se enamore de cualquier galanteador, creo que lo mejor sería casarla lo antes posible. Tiene diez y nueve años y ya es tiempo.

—Yo también lo quisiera. ¿Pero con quién?

—¡Este es el problema!—exclamó la madre reflexionando con más detención que nunca. Eres tú quien debe buscarle, en tus oficinas debe haber alguien... nunca faltan solteros en un ministerio. ..

—Sí, pero suelen carecer de fortuna.

—¡Los jóvenes, sí! pero ¿y los viejos?

—¿Es que quieres casar á Antonia con un viejo?—dijo Karzof con asombro.

—¿Cuántos años tienes tú más que yo?—replicó triunfalmente la esposa.

—Creo que diez y ocho.

—¡Pues bien! ¿es que te hecho desgraciado?

—Oh no, pero no es igual...

—Verdad es que nosotros somos dos esposos que se llevan muy bien. ¡Ay, Dios mío, si yo pudiese encontrar para Antonia un marido como tú, sería feliz!

Después de este diálogo, los esposos se pusieron á rebuscar entre sus conocimientos pretendientes á la mano de Antonia y si á muchos no les zumbaron los oídos, sería porque dormirían como troncos.

Como consecuencia de aquel examen, se convino dar un baile á la semana siguiente en que se presentaría su hija á la admiración de los solteros elegidos.

En el instante en que el matrimonio, orgulloso de su resolución, se preparaba á dormir, oyeron un ligero ruido de pasos anunciador del regreso de sus hijos. Una risita que se le escapó á Antonia al dar las buenas noches á su hermano, confirmó á la señora Karzof en su creencia de que la joven no estaba enamorada.

—Ya ves que no piensa en Dournof, puesto que se rie. — Y la buena mujer se durmió como si estuviese en un lecho de rosas.

Su hija, al entrar en su habitación, en vez de desnudarse se sentó en un pequeño canapé, y con la cabeza inclinada sobre el pecho, se puso á meditar con tristeza.

—Y bien, hermosa mfa—dijo Niania que la aguardaba por muy tarde que volviese y que nunca se acostaba sin hacer sobre la joven la señal de la cruz, para alejar de ella los malos sueños—¿no te desnudas? ¿Es que no tienes sueño?

Antonia se estremeció y repuso:

—Perdón, Niania, si te hago esperar; debes estar cansada.

Se levantó en seguida poniéndose en manos de la sirvienta. Esta arregló con cuidado sus largos y espesos cabellos trezándoles cuidadosamente á la vez que le decía con dulzura:

—¿Y bien, pequeña mía, tus padres no han aceptado á tu novio? ¿Se niegan á darle mi palomita?

—Sí—suspiró Antonia.

—¿Y tú qué dices?

—Digo que me casaré con él ó con nadie.

Niania guardó silencio, moviendo dos ó tres veces su blanca cabeza.

—Es que te quieren casar con otro—agregó al cabo de un instante.

—¿Con quién?—preguntó Antonia con brusquedad.

—No lo sé, pero le buscan... se va á dar un baile por ti, y se ocupan en casarte lo antes posible.

—¡Qué ideal! ¿Cómo lo has sabido?

—Me puse á escuchar á la puerta, mientras que tú estabas en casa de la Frakine ¿Y tu novio, qué dice?

—Lo mismo que yo.

—¡Qué Dios tienda su mano sobre vosotros, pues preveo que vuestra vida no será tranquila!—exclamó Niania suspirando.

Antonia se acostó; la criada la arropó cuidadosamente, atizó la lámpara de las imágenes haciendo por todas partes la señal de la cruz para alejar al espíritu maligno.

Pero el espíritu maligno estaba en el corazón de la joven. Una cólera sorda germinaba en su pecho amenazando desvanecer su razón. Si la hubiesen dejado en paz, dueña de esperar á que Dournof conquistase una posición, sería una hija dulce y sumisa, soportando con paciencia su dolor... Pero se quería disponer de ella sin su permiso.. se trataba á su amor como si fuese una niñería, se jugaba con el hombre á quien amaba... Su cólera creció. Antonia, incapaz de permanecer quieta en el lecho, se levantó. La frialdad de la habitación calmó un poco su fiebre y se arrodilló ante las imágenes.—¡Virgen santa!

—exclamó tendiendo la mano hacia la imagen, que sonreía con placidez sosteniendo á su hijo en los brazos.—Te juro ser de él ó de nadie, si es preciso morir para mantener mi juramento, moriré.

Arrodillada, permaneció bastante tiempo orando; el frío y la inmovilidad la helaron. Se levantó y volviéndose al lecho se quedó dormida.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
1625 MONTERREY, MEXICO

30289

## IV

Los días siguientes los dedicó la señora Karzof en seguir estudiando con atención á su hija; pero el semblante de esta era impenetrable; Dournof iba con frecuencia á ver á Juan, sin mostrarse afectado, pasando casi todo el tiempo que duraba la visita en el cuarto de su amigo, presentándose sólo un momento en el salón. Antonia le acogió como de costumbre, le presentaba la mano sonriéndose, como si entre ellos no hubiera ninguna relación íntima; los más maliciosos no hubieran hallado nada que criticar en aquella conducta; por más que la señora Karzof creía haber desaparecido el peligro, se dedicó por entero á los preliminares de la fiesta proyectada.

A la vez que hacía una porción de visitas preparatorias, iba recibiendo numerosos cumplimientos sobre su hija, y una porción de insinuaciones, por parte de las señoras tan deseosas de acomodar á un joven soltero, como podía estarlo la señora Karzof de colocar á Antonia. Entre demandantes y oferedores, las cosas acaban siempre por arreglarse. Esa gran comedia que representan de continuo los casamenteros de todas las categorías, tiene momentos en que suelen encontrarse más solteros que solteras, y otros, y este es el caso más frecuente, en que ocurre todo lo contrario. En este caso el talento está... ¿cómo decirlo sin molestar á nadie?... ¡siempre se trata de comprar sin que nadie sospeche que le ven-

den! El talento consiste pues en guardar la mercancía en el almacén todo el tiempo que tarden en pedirla. Así se han hecho muy buenos matrimonios, de esos que se llaman ventajosos, y se han realizado en veinticuatro horas, porque un embajador necesitaba una embajadora para que le ayudase; también se han visto solteros incasables y abandonados ya de las más hábiles casamenteras, casarse de golpe y porrazo.

Cuando la señora Karzof se puso en campaña para casar á Antonia había disponibles los jóvenes que por precaución no se habían dejado cazar en las últimas fiestas de Navidad, en las que hubo muchos matrimonios. La buena señora recibió numerosos cumplimientos sobre el talento y la belleza de su hija, y al volver de las seis casas que visitó el primer día, ya contaba con cuatro pretendientes, no porque los cuatro hubiesen mostrado firme deseo en poseer la mano de Antonia; sino que eran cuatro caballeros dispuestos á casarse con una mujer bonita con un hermoso dote, y hasta con el dote hermoso, sin que fuese indispensable la belleza de la mujer.

La señora Karzof regresó satisfecha á su casa.

—Invitaremos á todos—dijo á su esposo—y así podremos elegir, tenemos derecho á llevarnos lo mejor.

El segundo día aun fué más favorable que el primero; entre las víctimas inmoladas al orgullo maternal encontró á uno que había visto á Antonia y que se la pidió personalmente. ¡No pedía á Antonia por su educación y pequeño capital, sino por lo que por sí sola valía! La señora Karzof creció en seguida una pulgada.

El lector se equivoca, y nosotros haríamos mal en dejarle en este error, si cree que en Rusia se arreglan estas cosas directamente.

Eso sería la primera grosería; todo lo más que puede ocurrir es el que lo hagan los comerciantes;

entre la clase inteligente y civilizada de los empleados de regular categoría, las cosas suceden de otro modo. La señora Karzof abordaba así á sus buenas amigas:

—¡Buenos días, mi querida Anastasia Petrowná! ¡Dios mío, cuánto tiempo ha pasado desde que tuve el placer de verla!

—Lo menos hace seis semanas; yo debía haber ido á visitarla.

—¡Nada de eso! era yo quien debía haberlo hecho; pero...

—Lo cree usted así, tanto mejor, eso me tranquiliza; pero no contemos las visitas. ¿Y bien, qué hay de nuevo?

—No gran cosa; los Murof han casado á su hija ¿ya lo sabrá usted?

—Sí, sí, ya es cosa antigua. ¿Y usted cuándo casa á Antonia?

—¡Oh, á Dios gracias, no tenemos prisa! ¡No nos molesta... es una muchacha tan dulce, tan cariñosa! tal como usted la ve, en toda su vida me ha dado una hora de pesar. ¡Nunca la he tenido que dirigir el menor reproche!

—¡Es usted muy feliz, mi buena amiga! Yo no tengo tanta suerte con mis hijas: se han casado todas, y ya puedo decirlo, pero me ha costado muchos disgustos el educarlas. Pero entonces también yo hablaba lo mismo que usted.

Las dos madres se pusieron á reír; pero una lo hacía de mala gana.

—La semana próxima queremos dar un baile—dijo la señora Karzof—¿conoce usted á algunos jóvenes y caballeros bien educados á quienes se pueda invitar?

—¡Sí, y usted puede encontrar tantos como desee! ¡En una casa en que tanto se pueden divertir no han de faltarle concurrentes! Yo le enviaré á X, á Y, á

Z y otros; pero si usted no quiere que Antonia se case este año, no le enviaré á Titolof.

—¿Por qué?

—Porque está locamente enamorado de la hermosura de su hija de usted; la vió en el último baile dado por la asamblea de la nobleza, y toda la noche anduvo buscando quien le presentase... Desgraciadamente yo no estaba allí, y si pudo encontrar muchos jóvenes que le diesen antecedentes no encontró una persona seria que pudiese allanarle el camino.

—¡Qué ideal uno se hace presentar en seguida. ¡Qué hombre más tímido es el tal Titolof! ¿Qué edad tiene?

—Creo que cerca de treinta y cinco años, y ya en su carrera ha logrado la categoría de general y la cruz de Santa Ana.

—¡Como mi marido; tan joven!—exclamó la señora Karzof—¿tiene fortuna?

—No es millonario, pero posee una renta de unos tres mil rublos, que unida á su sueldo hace cerca de seis mil...

—No es de desdeñar—dijo la señora Karzof con seriedad.—¡Dios mío, cuántos pretendientes! ¡No nos faltarán; desde hace ocho días me han propuesto más de una docena!

Así es como se hacen los matrimonios, felizmente no todos, y para mayor gloria de las madres de familia. Todo el mundo ha creído notar que aquellas que peor han casado á sus hijos son las más encarnizadas casamenteras, pero no puede asegurarse si esto obedece á un deseo de venganza ó á otro sentimiento.

## V

El trajín de tantos paseos y visitas, el de los días empleados en asegurarse de que los criados de la casa, y algunos más que se tomaron de refuerzo, prepararían bien la cena, los helados, el te, la preparación de trajes para Antonia, etc., dió por resultado que el día del baile, y una hora antes de la comida, la señora Karzof se sintió atacada de un fuerte cansancio.

Era demasiado tarde para retroceder; la desgraciada madre, víctima de sus deberes, se endosó gí-moteando, un traje de seda color lila, demasiado estrecho y que rara vez se lo ponía, y como mejor le fué posible se mantuvo en pie á la entrada del salón para recibir á los concurrentes.

Llevadas por sus mamás acudieron bastantes señoritas, y aun mayor número de jóvenes; éstos se presentaban solos: una media docena de pretendientes serios é igual número de menos serios se agruparon en rededor de Antonia.

Esta tuvo especial cuidado en despojarse de las alhajas con que le recargó su madre, quien le dirigió una mirada centelleante, pero sin resultado; muy tranquila, pálida, como de costumbre, recibió los homenajes de aquellos desconocidos, con perfecta indiferencia. El escuadrón sagrado se mantenía á poca distancia, bajo las órdenes de Juan Karzof, á quien aquella guerra divertía bastante.



Comenzó el baile, en el momento en que uno de los pretendientes serios, hombre de unos cuarenta años, calvo, un poco obeso pero que llevaba con majestad lentes de oro sobre su nariz chata, se inclinaba ante Antonia para invitarla á bailar; Juan le quitó las anteojos llevándole con rapidez al otro lado del salón.

—¡Oh, Juan!—exclamó su madre.—¡Qué libertad es esa?

Esta exclamación, que nada tenía de ceremoniosa, no llegó á los oídos del joven. Muy ocupado en apariencia, maniobraba para que en un instante determinado su hermana pudiese pasar á brazos de Dournof, sin que éste tuviese que acompañarla á su puesto.

La estratagema resultó perfectamente y el escuadrón sagrado ejecutó la maniobra de un modo maravilloso. Después de dar dos vueltas por el salón, Dournof acompañó á Antonia dejándola sentada cerca de su madre, pero en el momento en que el de los anteojos se dirigía hacia ese lado, uno de los conjurados cogía á Antonia para llevársela al otro, y así se fué repitiendo la operación hasta terminar el vals.

Excepto la cuadrilla, en Rusia no se danza todo un baile con la misma pareja, eso se consideraría como una grave inconveniencia. Lo más que se permite es dar dos ó tres vueltas al salón, si es pequeño, y una si es muy grande; después se acompaña á la señora á su puesto, quedándole la facultad de aceptar ó rechazar en seguida á un nuevo caballero. Esta moda es con seguridad menos cansada que la moda francesa, y permite á una mujer poder bailar casi con todos; así es que los conjurados debían proporcionar á Antonia numerosos medios para poder librarse de los protegidos de su madre.

--Escucha—le dijo con seriedad la señora Karzof,

en el momento en que la joven, aprovechando las ocupaciones de su madre, se hacía aparejar para la cuadrilla—no bailes con esos jovencitos, con los amigos de tu hermano, á esos los puedes ver todos los días, aquí hay personas serias y aceptables, con esos debes bailar, ¿me has comprendido?

Antonia hizo un ademán con la cabeza y se fué; cuando sonaron los primeros compases de la contradanza, la madre vio con horror que su hija bailaba con uno de los jovencitos; desde lejos le dirigió una severa mirada, que fué completamente inútil.

Al cesar la música, la señora Karzof, llevándose á su hija al comedor le dijo:

—¿Por qué me has desobedecido?

—¡Pero mamá, no es culpa mía si Matvéif me ha invitado antes que los otros! Yo no podía sospechar que ese señor gordo...

—¡Ese señor gordo!—repitió su madre con asombro.

—Sí, ese gordo de los anteojos; ¿pero es que á su edad se puede bailar?

Después de haber dado ese golpe en el corazón de su madre, Antonia voló como una mariposa.

Habían dado las diez, y el fénix de los pretendientes, el general de treinta y cinco años, condecorado con la cruz de Santa Ana, aun no había llegado. La señora Karzof lanzaba inquietas miradas, tan pronto á su hija que seguía bailando con los jovencitos, como á la puerta que se abría con frecuencia para dar paso á semblantes conocidos. Por fin apareció su buena amiga, vistiendo un magnífico traje de seda azul, capaz de hacer palidecer al cielo de junio, llevando á su lado al general Titlof, á quien costaba mucho trabajo andar con soltura.

En aquel momento Dournof, colocado detrás de Antonia, le dijo á media voz:

—¡Esta vez va en serio!

El general Titolof pasaba de los treinta y cinco años, pues tenía treinta y siete y once meses; era hombre de hermosa presencia, de abultado pecho, cubierto con reluciente camisa y chaleco aun más reluciente, su traje era magnífico; la cabeza no era indigna del busto; hermosos ojos de negras cejas, fino bigote, cabellos muy finos y rizados con tenacillas, y sobre todo, muy untados de pomadas, guantes color paja, sombrero *clac* con iniciales puestas debajo de una corona, en su fondo... Todo era perfecto, tanto que Juan tocó á Dournof, diciéndole:

—¿Cómo puedes tú compararte con un pájaro como ese? no eres digno ni aun de abrocharle el último botón de su chaleco.

—Tal vez se lo abroche con demasiada fuerza—repuso Dournof un tanto meditabundo al contemplar la indiscutible belleza del general Titolof.

—Quiero ver, si maulla ó ladra—dijo Juan;—es imposible que esa boca pueda hablar con voz humana, como tú y yo.

—Titolof, siguiendo siempre pegado al traje de seda azul, llegó ante la señora Karzof.

—El general Titolof, amigo mío y de mi esposo—dijo la señora que le presentaba.

Titolof se aproximó, inclinando la cabeza con un gesto mecánico irreprochable, y la levantó con mucha gracia, luego cogió la mano de la señora Karzof llevándola á sus labios.

—Encantador, encantador—se dijo la buena señora moviéndose con tanta rapidez como su cansancio le permitía.

—Voy á presentarle á usted á mi familia... Mi esposo... (El marido saludó). Mi hijo Juan...

El joven acababa de pedir, con muy mala intención, que tocasen una polka estrepitosa. Juan se inclinó ante el caballero, quien le estrechó la mano á la inglesa.

—¿Y mi hija Antonia, dónde está, Juan?

—Allí, mamá—repuso respetuosamente el joven.

En aquel instante Antonia bailaba la polka con un jovenzuelo, su madre le lanzó una mirada de irritación, ella dejó al jovenzuelo, para bailar con el gordo de los lentes, y en el acto, la mirada de cólera se trocó en aprobación, que volvió á ser de sentimiento al fijarse en el general Titolof.

—General, en seguida le presentaré á usted á mi hija, pase por aquí.

—Seré muy feliz por ello—repuso el general con voz meliflua.

Reventando de risa, Juan fué en busca de sus compañeros.

—Ni siquiera maulla, bala—les dijo.

Antonia tuvo que volver al lado de su madre y la presentación se hizo.

—Deseaba aproximarme á usted; señorita, la impresión que usted me produjo es imborrable—le dijo con su meliflua voz.

Antonia se inclinó como para decirle *con esto basta*. Pero Titolof añadió:

—Me sentiría muy feliz con que su hermosa voz confirmase la autorización que me ha concedido su señora mamá.

Antonia miró á su madre; la autorización estaba demasiado escrita en la sonrisa que brillaba en sus labios.

—¡Responde, Antonia!—le dijo ésta.—¡Es tan tímida—añadió dirigiéndose al general.

—No sé que autorización le puede haber concedido mi madre—dijo Antonia ruborizándose de su propia audacia.

—La de poderle ofrecer á usted mis respetuosos homenajes...

—¡Antonia!—exclamó Juan en alta voz—te necesito, ven aquí...

La joven hizo una pequeña reverencia y desapareció murmurando:

—Perdóneme usted.

—Estas jóvenes—dijo su madre sonriéndose—cuando están bien educadas son tan esquivas... y yo puedo alabarme de que á Antonia hasta la fecha nadie le ha interesado el corazón. ¡Ni sabe aún lo que quiere!...

El general Titolof y la señora Karzof dejaron el salón para pasar al gabinete de ésta, y allí hablaron de esos proyectos matrimoniales que por regla general concluyen con estas frases:

—¡Dios es quien le ha puesto á usted en mi camino.

Todas las suegras suelen empezar así y todos los yernos comenzaron de igual manera.

Titolof bailó algunas veces con Antonia, su inexorable madre la retuvo á su lado. Pero en el último momento, durante el cotillón, que según costumbre de la época precedía á la cena, halló medio de no cambiar veinte palabras con su caballero, pero á cada instante le hacía cambiar de figura, y la joven tuvo el consuelo de verle desaparecer.

Dournof en cambio se llevó un escrito hecho con lápiz en el que se decía: "O de usted ó de nadie."

UNIVERSIDAD DE MONTEREY  
BIBLIOTECA UNIV. DE MONTEREY  
"ALFONSO CASTRO"  
Apdo. 1625 MONTEREY, MEXICO

## VI

De este modo pasaron quince días, el mes de febrero tocaba á su fin, y las últimas fiestas de carnaval ponían en movimiento toda la ciudad. El general Titolof iba á casa de Antonia primero cada dos días, luego diariamente; en seguida se le invitó á comer ¡y qué comidal! Nunca la cocinera había tenido que trabajar tanto.

Algo había ganado Antonia, porque seguía concurriendo á los sábados de la señora Frakine, á los que no había sido invitado Titolof, pues no dando importancia á estas reuniones la señora Karzof no le había presentado.

Esta reunión, semejante á las de otros tiempos y tan diferente de la vida concentrada y ceremoniosa que le imponían las visitas del pretendiente, produjo á Antonia un júbilo extraordinario. Apenas entró, el sonido del piano y los murmullos familiares de las jóvenes (muchas de ellas amigas queridas) la impresionaron de tal modo, que perdió la entereza y en medio del salón rompió en copioso llanto.

Toda la juventud presente, no estaban las madres, la rodeó, ellos para sostenerla y ellas interrogándola con frases cariñosas.

—¿Qué tienes, Antonia? ¿Es algún disgusto? ¿Podemos serte útil en algo?—Y así por el estilo le preguntaban y la consolaban mientras Antonia, apoyada

en una de sus amigas de la infancia, trataba de contener su llanto.

—Juan. ¿Dónde está Juan?—preguntaron.

Juan, como todos los sábados, estaba en la ópera. Dournof, que acababa de llegar y dominaba el grupo por su estatura, se aproximó á Antonia.

—Sé lo que tiene—dijo.—La quieren obligar á que se case con un hombre que aborrece—y pasando el brazo por el talle de la joven la colocó en un sillón, sentándose á su lado.

—¡Es á usted á quien ama!—dijeron las jóvenes.

—Sí—dijo con orgullo Dournof—y no se casará con el condecorado general.

—¡No, no!—dijeron las jóvenes á coro.

—Marchar á divertiros—dijo Dournof con la autoridad que sobre aquella reunión ejercía.—Nosotros tenemos que hablar despacio.

Se formaron las parejas; la señora Frakine, con su bondad, quiso prestar algún auxilio á la joven, pero no había remedio posible para su mal. La señora Karzof estaba muy engreída de tan buen casamiento para renunciar á él; además su futuro yerno había tomado el casamiento por amor propio; había perdido á su madre y encontraba una suegra que haría los honores de la casa al lado de su esposa. Titolof poseía una buena casa, bien amueblada, con tapices y espejos por todas partes y magníficas joyas y servicio de plata, herencia de familia; todo lo había visto la señora Karzof y se había encantado.

—¿Y qué piensas hacer?—preguntó la señora Frakine á Antonia.

—Decir siempre que no hasta al pie del altar. ¿Qué otro recurso me queda?

Durante los ocho días siguientes, exceptuando por la noche, Antonia no tuvo un solo minuto suyo; entonces escribía á Dournof largas cartas, y leía la que él le enviaba diariamente. La vieja criada de

pie, tras ella, procuraba suavizar sus movimientos para no distraer á la querida joven. Miraba los dedos de Antonia correr sobre el papel y las lágrimas caer sobre la página escrita, y toda el alma de la anciana rebosaba dolor, viendo que nada podía hacer por ella.

Una noche, Antonia, no pudiendo contenerse, inclinó la cabeza sobre los brazos que apoyaba en el mármol del tocador; y mientras Niania concluía de arreglar sus cabellos, dejó correr el llanto; á poco dos lágrimas de fuego cayeron sobre su cuello. Levantó la cabeza con brusquedad y miró á la criada. De los ojos de ésta brotaba el llanto con abundancia, rodando por sus flacas mejillas.

—No llores, Niania, esto no será nada—le dijo Antonia.

—¡No llorar, mi águila blanca, cuando veo que tus ojos se marchitan por el mucho llanto que de ellos brota! Yo quisiera volverme ciega á fuerza de llorar si así recobrabas la alegría. Sí, derramaría lágrimas hasta el fin de mi vida, y si Dios lo quisiese hasta perdería mi salvación eterna, si así pudieses ser más feliz.

Antonia se abrazó al cuello de la pobre criada y le dijo:

—Tú eres más mi madre, que mi verdadera madre.

—Así lo creo—exclamó Niania;—excepto haberte puesto en el mundo tu madre nada ha hecho por ti ¿Quién ha velado en tus enfermedades? ¿quién te ha cuidado, ha llorado y reído durante tu infancia para divertirte? ¿quién te atiende ahora y conoce tus penas? ¡Tienes razón, palomita mía, soy yo tu verdadera madre! Así es que puedes llorar conmigo y tu madre te prohíbe que llores, porque eso irrita los ojos. Lloro, lloraremos juntas y tal vez el Señor se conmueva.

Al día siguiente era sábado. La señora Karzof entró por la mañana en el gabinete de su hija para vigilar con atención su tocado. Antonia se había hecho traer un traje muy sencillo, que vestía de ordinario; su madre le rechazó, eligiendo uno claro, alegre y vistoso; en los cabellos de su hija colocó una cinta color de rosa, y después de examinarla por todos partes la abrazó con más ternura que de costumbre llevándosela á su habitación.

—Ya lo ves—le dijo al sentarla á su lado;—el deber de las jóvenes es someterse á la voluntad de sus padres que saben mejor que ellas lo que les conviene; tú has sido una buena hija, serás una buena esposa y una buena madre. Ha llegado la hora de separarte de nosotros, y espero que siempre nos agradecerás los cuidados que hemos tenido para asegurar tu felicidad. El general Titolof vendrá hoy para pedirte en matrimonio; responderás como debes hacerlo y los dos recibiréis la bendición de prometidos.

Antonia se levantó y después de arrodillarse tres veces, según la antigua costumbre rusa, le dijo:

—Madre mía, usted sabe que amo á Dournof. No me obligue pues á casarme con otro hombre en contra de mi voluntad.

—¡Eso es una broma, tú no le amas!

—Le amo y le he dado mi palabra. Los dos estamos muy conformes en esperar, no pedimos á usted más que un poco de paciencia. No nos haga desgraciados y los dos la bendeciremos.

Secretamente la señora Karzof tuvo miedo, notó que había tratado con mucha ligereza el amor de los jóvenes, y además adquirió la certidumbre de cuán firme era el carácter de su hija. Este último descubrimiento fué fatal para ella, pues si se emocionó viendo cuán profundas eran las raíces de aquel amor despreciado, mayor impresión le produjo aún lo que

ella llamaba la sonrisa de Antonia. Habíase olvidado que desde hacía tiempo debió inspirar á su hija la confianza que hoy le faltaba.

—No se ama cuando se llevan los pies descalzos—repuso con burla.—¿Cómo no has comprendido que te ama solamente por tu dote? Si fueses pobre...

—Madre mía—interrumpió Antonia con los ojos centelleantes de ira—no insulte usted á Dournof, vale más que yo. ¡Es usted quien quiere entregarme á un general porque es rico!

La señora Karzof se puso en pie, y las dos mujeres se contemplaron un instante. Si no dió un boteón á su hija fué por haber hallado el medio de herirla con mayor crueldad.

—Tu Dournof no quiere más que nuestro dinero; las gentes de su clase siempre buscan á las jóvenes de buena posición—repuso despreciativamente.

—¡Madre mía, no insulte al hombre con quien me casaré sin dote y en contra de la voluntad de usted! La señora Karzof prorrumpió en furiosa risa.

—Te casarás sin dote, demasiado sabe él que debes heredar un día ú otro. Eso sería matarnos ¿comprendes? ¡pues si te casas con él yo te maldeciré á ti, á él y á tus hijos!

Antonia se tambaleó, sus fuerzas la abandonaban, pero no queriendo dar á su madre el placer de verla vencida se apoyó en una silla, y contempló á la señora Karzof frente á frente.

El semblante de la señora Karzof respiraba una ira rayana en odio. En aquel momento no veía en la joven al fruto de sus entrañas, veía sólo una ingrata á quien educó, que se lo debía todo, hasta la vida, y osaba resistirse á su mandato; *Niania* tenía razón. Las mujeres que sólo dan á luz á sus hijos son menos madres que las que los crían, son los placeres y los pesares los que dan fuerza á la maternidad.

—Sea—respondió Antonia sin bajar los ojos—

puesto que me amenaza con un castigo tan cruel, sin su bendición, no me casaré con Dournof, pero tampoco con Titolof.

—Te casarás al concluirse la cuaresma ó yo te maldeciré.

—No me casaré; antes prefiero morir.

—No se muere así como así—replicó la señora Karzof sonriéndose con amargura—lo mismo que tú contesté hace treinta y siete años á mi madre cuando se trató de que me casase con tu padre.

—Todos no somos iguales—replicó Antonia con lentitud.

—¡Felizmente, creo que tu resistencia es obra del demonio, y pasará pronto! En cuanto á Dournof, que es quien te la inspira, fué muy necia al no plantarle en la calle cuando se atrevió á pedirme tu mano. ¡Es que vosotros dos os habéis puesto de acuerdo para hacerme perder la paciencia! Bien, pues voy á escribirle para que no se presente más por aquí.

Apresuradamente se puso á escribir unos renglones á Dournof. Después recobró la calma y con ella vino la reflexión.

—Podrías verle en casa de la señora Frakine, ¡es tan poco difícil en la elección de las personas que recibes! pero tú no volverás á ir sin mí, además, le haré saber que si estima mi amistad debe despedir á ese buscador de fortunas.

Envió esta segunda carta y después se puso á contemplar á su hija que seguía de pie ante ella.

—Vete á tu habitación y trata de reflexionar—le dijo.

Después de las doce llegó Titolof; estaba preparada una mesa con las imágenes; los esposos Karzof esperaban en el salón. Al verle enviaron á buscar á Antonia que se presentó muy pálida y desfalleciente; pero en actitud noble y digna.

Al oír que pedían su mano, tuvo intención de re-

chazar de plano á aquel hombre y decir que amaba á otro; pero siendo enemiga de toda manifestación exterior, retrocedió ante la escena que debería desarrollarse por juzgarla estúpida y teatral. Se prometió hacerle entrar en razón en cuanto estuviesen solos.

Los esposos Karzof, respondieron por su hija, que no abría la boca; ante las imágenes bendijeron á los prometidos, y luego entablaron conversación los tres personajes, tan poco interesante y tan pesada, que el prometido, pretextando una ocupación, se retiró después de besar respetuosamente la fría mano de Antonia. Luego la joven se retiró á sus habitaciones negándose á comer.

Mientras los esposos Karzof, sentados frente á frente, bastante avergonzados de su proceder, comían, *Niania*, que nunca servía á la mesa, fué al lado de Antonia. Al verla, la joven, que estaba sentada en un sillón, le tendió la mano.

—¿Te han obligado, mi ángel del cielo?—dijo la vieja besando la mano de su hija adoptiva.

—¡Sí; pero no me casaré!

—¡Ay, querida mía!—suspiró *Niania*—¡contra la voluntad del Czar y la de los padres no hay apelación!

—*Niania*—dijo Antonia después de un instante de silencio—es necesario que vea á Dournof.

—¡Esta noche le verás en casa de la señora Frakine.

—No iré; mi madre teme que pueda encontrarle allí, y yo necesito verle hoy.

—¿Dónde, Dios mío? ¿Cómo?—exclamó *Niania* levantando los brazos al cielo.

—Es cuestión mía—dijo Antonia mirándola con autoridad.—Ve á decir á mi madre, que esta tarde quiero ir á las vísperas.

—¿A las vísperas? es una buena idea; la ora-

ción calmará los pesares de tu alma, voy en seguida.

Al cabo de un instante regresó *Niania* con el deseado permiso. La hora de las vísperas no estaba muy lejana. Antonia se despojó de su traje de fiesta, quitándose con ira la cinta que le puso su madre en el pelo, y frotó bastante rato el lugar en donde se posaron los labios de Titolof. Luego esperó á *Niania*.

A eso de las siete se presentó la criada, trayendo la pelliza de la joven, quien se la puso en seguida. Salieron, y al doblar la primera esquina detuvo á Antonia cogiéndola por la manga.

—Equivocas el camino, querida mía, la iglesia no está por ahí.

—Ya iremos á la iglesia después, sígueme.

*Niania* dió algunos pasos, se veía obligada á correr para mantenerse á la altura de su ama.

—Pero, hermosa mía, ¿dónde vas?—le preguntó con temor.

—Has dicho que darías tu salvación eterna por salvarme, sígueme y no preguntes nada—repuso Antonia.

*Niania* bajó la cabeza sin replica. Antonia atravesó dos ó tres calles amplias penetrando sin vacilar en un callejón sombrío. ¡Había sentido placer pasando tantas veces delante de aquella casa en su solitario invierno! Entró en una casa humilde y limpia; subió una escalera de piedra, y en el piso segundo llamó con fuerza. Se abrió la puerta y un rayo de luz fué á reflejarse en el semblante de Antonia, libre ya del capuchón.

—¡Antonia, Dios te envía, ¡bendita seas!—exclamó Dournof estrechando á la joven en sus brazos.

*Niania* cerró la puerta cuidadosamente siguiéndoles al salón.

## VII

El saloncito á donde Dournof llevó á Antonia era una pieza fea, como suelen serlo las que se alquilan amuebladas. Algunas plantas de follaje vistoso, puestas en las ventanas, intentaban aunque en vano, darle alegre aspecto. Una mesa recargada de papeles; en el suelo un montón grande de libros y de carpetas; un vaso medio lleno de te en un ángulo de la mesa; tal era el departamento ocupado por el joven.

Pero en aquel instante estaba muy lejos de las miserias terrenas. Tenía á Antonia apoyada contra su pecho, no guardando en él, ni odio ni rencor, tenía una fe ciega en la mujer que tan espontáneamente venía á consolarle.

Así permanecieron durante un minuto sin pensar en hacerse una caricia; *Niania* permanecía de pie al lado de la puerta, les miraba y lloraba en silencio; la energía con que se buscó esta entrevista, el entusiasta acogimiento, todo le probaba cuán grande y profundo era el amor que unía á los jóvenes.

Al fin Dournof se separó de Antonia presentándole una silla. 'El divan estaba lleno de papeles, como todo lo demás.

Después se sentó ante la joven. *Niania* seguía de pie, estaba acostumbrada á sostenerse en esta posición, pues nunca se sentaba ante sus superiores.

—He venido—dijo Antonia con temblorosa entonación—pues quería hablar con usted á todo trance,